

ESCUELA MEMORIA Y PAZ

EL CASO DE UNA ESTUDIANTE NASA EN BOGOTÁ

Por: Christian Peñuela y Alejandro Parra

Como objetores de conciencia, siempre hemos construido la paz con colectivos juveniles, madres, padres, colegios y diferentes organizaciones de derechos humanos. Hemos asumido por décadas el compromiso de vivir la paz en el día a día, con acciones directas no violentas, para que, en el futuro, generaciones de jóvenes no se entreguen a la guerra por falta de oportunidades. Dentro de las diversas acciones de construcción de paz que se desarrollan en la ciudad, nos encontramos con la experiencia conocida como los *Diálogos pedagógicos de la memoria*, que han sido impulsados desde el 2014 por la Secretaría de Educación en diferentes colegios de Bogotá, como parte de la política de educación en ciudadanía y convivencia*, y por organizaciones aliadas como la Fundación Instituto para la Construcción de la Paz (Ficonpaz).

Los *Diálogos pedagógicos de la memoria* son una aproximación pedagógica al pasado reciente del país, a partir de la memoria viva de las víctimas. Estos se desarrollan en encuentros pedagógicos entre mujeres víctimas y estudiantes, con el objetivo de resignificar no solo hechos victimizantes, sino también elementos culturales y de lucha por la memoria y contra la impunidad. Esta crónica hace parte de la sistematización de dicha experiencia y cuenta la historia de una estudiante indígena nasa, como un ejemplo de lucha contra el olvido y de reconocimiento de la diferencia desde múltiples perspectivas.

Rompiendo el silencio en medio de las violencias

Wejxa Ahsa, estudiante de un colegio distrital de la localidad Ciudad Bolívar, asistió a sus clases el 28 de agosto del 2015, como todos los días. No obstante, su cotidianidad se vio interrumpida por la jornada de diálogos que se realizaba en su colegio, espacio en el que un grupo de estudiantes mujeres y cuatro invitadas especiales compartieron sus relatos. Así fue como en ese escenario confluyeron una mujer misak del Cauca, dos mujeres afrodescendientes de la zona rural de Buenaventura y una de las cientos de madres de Soacha que padecieron en carne propia los crímenes de Estado conocidos como “falsos positivos”.

¹ Viento fuerte en lengua nasa yuwe. Los nombres propios en la crónica han sido cambiados por respeto a la privacidad.

Para romper el silencio inicial, la mujer indígena abrió el diálogo en lengua propia y explicó el significado del vestido y el sombrero tradicional que llevaba puestos. Tras escuchar los relatos de las demás, irrumpió la voz de Wejxa Ahsa, quien impulsada por su profesora decidió compartir su historia, con la misma emotividad que había percibido en los relatos anteriores. En medio de la tristeza que producían las experiencias de guerra relatadas, hasta ahora desconocidas por sus pares, Wejxa Ahsa expresó con total sinceridad lo más difícil de morar en la ciudad: la indiferencia e incluso el asedio que sentía por parte de sus propias compañeras del colegio.

Cuando Wejxa compartió la muerte de sus padres, sabiamente una de las mujeres afrodescendientes hizo un alabado, un canto que la gente negra del Pacífico levanta en su tierra para despedir y recordar a sus muertos. Las estudiantes y compañeras de aula, conmovidas por lo escuchado, le pidieron perdón a Wejxa Ahsa; por su parte, las cuatro mujeres le reconocieron su valentía y coraje. El desenlace del diálogo fue un verdadero intercambio, un compartir de saberes, vivencias y relatos, que aportó a la construcción de resistencia frente al olvido que impone la guerra.

Si bien su familia pertenece al pueblo nasa, Wejxa Ahsa se encuentra en situación de desplazamiento forzado desde hace varios años y ha buscado adaptarse en medio de las tensiones propias de la vida familiar y las exigencias de una ciudad que desconoce su pasado ancestral. El asesinato de sus padres, el reclutamiento forzado del cual fue víctima, junto con otras dinámicas propias del conflicto armado, llevaron a Wejxa Ahsa y a su familia adoptiva a huir rumbo a Bogotá y a establecerse en medio de precarias condiciones, como lo hacen miles de familias desplazadas por la violencia.

No obstante, lo anterior no fue un impedimento para que Wejxa Ahsa continuara sus estudios, razón por la cual buscó los medios para regresar pronto al colegio. Aun así, en su nueva institución educativa se enfrentó a otras formas de violencia, como la discriminación por su origen indígena. El hostigamiento escolar se volvió una de sus pesadillas, hasta que la experiencia de los *Diálogos pedagógicos de la memoria* generó una ruptura en esta dinámica, ruptura que ella expresa en sus propias palabras: “Luego de que estuvieron las mujeres víctimas relatando lo sucedido, yo me quedé pensando en una niña del colegio que antes era muy diferente y le gustaba criticar mucho a la gente. Me criticaba por lo que vestía y por lo que soy, pero luego cambió mucho esos prejuicios”.

A partir del mencionado encuentro, las discriminaciones se redujeron, lo cual facilitó el reconocimiento y respeto por las diferencias. Sin duda, el poder de los relatos de estas lideresas, quienes compartieron su dolor, pero también su esperanza y el trabajo que desarrollan en sus comunidades por la memoria y la paz, le permitió a Wejxa Ahsa atreverse a contar su historia y la de su familia: “Escuchar a las mujeres víctimas me hizo contar mi historia a otras personas, para no olvidar. Cuando nos cuentan esas cosas creo que tenemos la responsabilidad de compartir nuestras experiencias con otros”. Así, Wejxa Ahsa comprendió cómo estas mujeres habían logrado transformar su experiencia y encontrar la fuerza para actuar como defensoras de derechos humanos y pedagogas de la memoria, lo cual la motivó a asumir un papel activo en la superación

del olvido y la falta de información que existe en los colegios sobre la realidad que viven las comunidades indígenas en Bogotá: “Lo importante es no olvidar, contar estos relatos en el colegio, pues si se deja de hacer, la memoria se puede perder. Es mejor seguir contando estas memorias para que esto no siga pasando”.

Una de las acciones que desarrolló Wejxa Ahsa inmediatamente después de los encuentros con las mujeres víctimas fue dialogar con su familia sobre esta experiencia; aunque sabía que era un tema difícil de abordar y que el silencio no había sido una buena opción, decidió hacerlo: “Yo le conté a mis padres adoptivos lo que había aprendido en el colegio y ellos les contaron a mis abuelos. Ahí es cuando uno se da cuenta que esto sirve para algo porque al comienzo de todo esto mi familia solía decir: lo que pasó, pasó. Por eso lo que hicieron fue no olvidar porque olvidar de un día para otro es muy difícil. Ellos sienten que se callaron y no hicieron nada, pero ahora están recordando y es menos doloroso”.

Haber dialogado con su familia le permitió a Wejxa Ahsa resolver un problema de impacto generacional. Definitivamente, esta experiencia tuvo un “efecto mariposa”, en el que los pequeños detalles de la cotidianidad alcanzaron grandes repercusiones en la vida de muchas personas, víctimas y no víctimas del conflicto armado, incluso, hasta en la construcción de una cultura de paz y reconciliación.

Luego de vivir esta situación con su familia, Wejxa Ahsa pudo reinventar y asumir otros caminos para su vida: participó en los encuentros de “Somos generación de paz”, donde conoció a otros jóvenes de Bogotá y Medellín, y así fortaleció su compromiso con la paz. En este proceso, realizó una intervención en el Foro Distrital “Paz a lo bien”, durante el 2015; allí reivindicó su memoria y su identidad como joven indígena, con el poder de aportar a la construcción de un mejor país a partir de la acción. “Se sigue hablando de paz, pero no se está haciendo nada por ella; hay un dicho que dice: 'la paz no se habla sino que se hace'. Hoy, todo el mundo vive hablando sobre la paz en La Habana, pero al mismo tiempo no la practican; como decía una vez una profesora: la paz no es solo una firma con el Gobierno, porque el gobierno sigue haciendo lo mismo mientras la gente no sé sabe qué es lo que hace con esto-. Los gobiernos están vendiendo el país a escondidas, entonces la pregunta es ¿qué está pasando?”.

Una docente que le apuesta a la transformación

La profesora de Wejxa Ahsa fue crucial para iniciar este trabajo por la memoria. La estudiante nos comentó que su maestra siempre valoraba el conocimiento nasa, que conocía la importancia de su lengua indígena y reconocía otras formas de pensar, sentir y hablar en Colombia. Los cambios positivos en la vida de Wejxa Ahsa se produjeron también gracias al apoyo que obtuvo de su profesora de curso: “Le interesa mucho lo que les pasa a los estudiantes, pues ella se da cuenta de su comportamiento. Por eso es importante que las profesoras se apoyen en los relatos de las víctimas para poder seguir trabajando. Lo mismo pasa con los padres, los estudiantes pueden compartir con ellos sus relatos, para trabajar en la memoria con sus familias”.

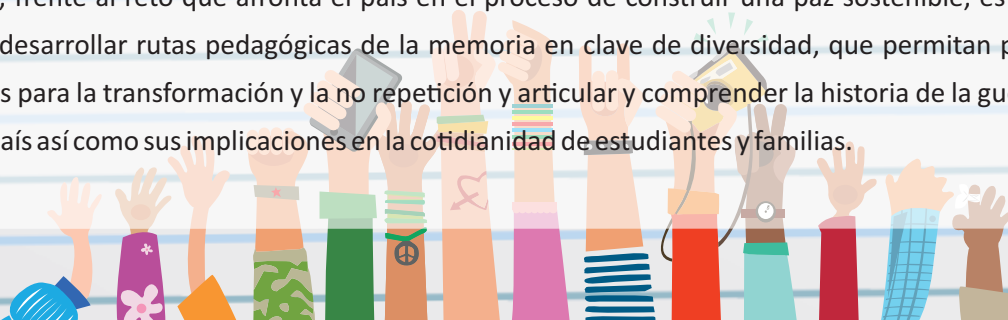
Por esta razón decidimos entrevistar a la profesora Aura, quien nos habló del impacto en las relaciones cotidianas de los encuentros entre mujeres de organizaciones de víctimas y estudiantes: “El hecho de que las jóvenes de últimos grados de bachillerato escucharan a mujeres víctimas del conflicto armado, las sensibilizó sobre la importancia de la inclusión, el respeto a la diferencia, el papel de los medios de comunicación y el respeto a los derechos humanos. Así mismo, permitió reconocer que al interior de nuestra comunidad existen relatos que han sido silenciados por el miedo y la intimidación, relatos que dan cuenta de nuestra historia, historia que no ha sido contada en detalle y que no hace parte oficial de la construcción del Estado de Derecho, razón por la cual se hace urgente visibilizarlos”.

Aura también reconoce que la actividad desarrollada desde los *Diálogos pedagógicos de la memoria* generó una transformación en la cotidianidad de Wejxa Ahsa al interior de la institución educativa, toda vez que el relato compartido y el valor de la estudiante generaron un cambio en la forma como ella era percibida por sus pares. Si bien esto no garantiza que en el marco de los procesos de socialización propios del colegio no sigan presentándose bromas, chistes o situaciones de hostigamiento, es evidente que estas interacciones ahora toman en cuenta la complejidad de la situación y los orígenes culturales: “Hoy Wejxa Ahsa es reconocida y valorada por lo que es y lo que representa con todo su legado histórico-cultural. Pero lo más importante es el aporte de este ejercicio a la autoestima y dignidad de nuestra joven”. Por tal motivo, la estudiante nasa se reconoce y es reconocida como una persona indispensable para la construcción de una generación de paz, pues como estudiante comprometida se encuentra en un proceso de defensa de su identidad, reconstrucción de la memoria de su pueblo y visibilización del papel que cumplen las jóvenes en la movilización social en contra de las violencias.

La escuela como espacio para las memorias, la paz y la inclusión

Un país cuya democracia siempre se ha disputado a través de las armas, al margen de un pensamiento múltiple y con posturas usualmente militaristas, requiere que la sociedad en su conjunto transforme estas lógicas y formas de relación, con miras a avanzar efectivamente hacia la paz. En Colombia, los colegios han vivido el conflicto tanto en las zonas rurales como en la ciudad, escenarios en los que ha tenido lugar el reclutamiento forzado de estudiantes, el hostigamiento por parte de grupos armados o bandas delincuenciales, el desplazamiento forzado y el silencio impuesto por la guerra. Allí, docentes y estudiantes siempre han sido protagonistas de cambios y luchas por la construcción de paz, aunque muchas veces sus esfuerzos siguen siendo marginados y no cuentan con suficiente respaldo y reconocimiento en la estructura educativa y en la sociedad, especialmente en el trabajo por las memorias desde una perspectiva de inclusión y diversidad.

No obstante, frente al reto que afronta el país en el proceso de construir una paz sostenible, es urgente promover y desarrollar rutas pedagógicas de la memoria en clave de diversidad, que permitan propiciar compromisos para la transformación y la no repetición y articular y comprender la historia de la guerra que ha vivido el país así como sus implicaciones en la cotidianidad de estudiantes y familias.



La experiencia de Aura y Wejxa Ahsa muestra un proceso que apuesta por transformar la indiferencia, el fatalismo y el hostigamiento escolar en escenarios de encuentro y reconciliación, a través de los *Diálogos pedagógicos de la memoria*. Por lo tanto, es necesario multiplicar este tipo de prácticas, pues a pesar de los avances legislativos en materia de derechos humanos, las situaciones de discriminación por razones de género, orientación sexual, pertenencia étnica y social, discapacidad o situación de victimización en el marco del conflicto armado siguen siendo un reto de importantes proporciones en las comunidades educativas. Del mismo modo, los currículos de historia y ciencias sociales siguen narrando una historia oficial a través de libros obsoletos y medios de comunicación masivos en los que las memorias de las víctimas y de diferentes culturas étnicas han sido históricamente excluidas.

La historia de Wejxa Ahsa renueva preguntas sobre el papel de la escuela en la construcción de la paz y el aporte de las pedagogías de la memoria en este propósito y en la perspectiva de inclusión y diversidad en los currículos. Su relato nos indica que la memoria tiene una relación profunda con el presente y el proyecto de futuro; nos enseña el poder de la memoria para romper con las formas de la violencia simbólica, aquella violencia que segrega, invisibiliza, desarraiga de unos territorios y unas tradiciones culturales. Wejxa Ahsa logró romper el silencio sobre la situación de desplazamiento de su familia, y junto a su maestra introdujo aprendizajes en el aula sobre el legado histórico y cultural de los pueblos indígenas. Al romper el silencio de su familia y el suyo propio, inició un proceso de sanación; entendió que el olvido y la indiferencia no solo afectan su bienestar y el de su familia, sino que amenazan la democracia y la construcción de paz. En síntesis, su experiencia nos ayuda a entender por qué la memoria y la paz son deberes históricos hoy en el país.

El núcleo de la política de educación para la ciudadanía y la convivencia que la Secretaría de Educación del Distrito viene desarrollando desde el 2012 tiene que ver con el fortalecimiento de las capacidades ciudadanas, que “están enfocadas al crecimiento del ser, a la construcción de un saber en contexto, y al hacer, como herramienta por excelencia de la transformación social”. Estas abogan por la formación de sujetos críticos, empoderados e imaginativos, que puedan participar de manera responsable y autónoma en el diseño de sus proyectos vitales, y contribuir a la construcción de la paz, la justicia y la democracia en distintos escenarios de la sociedad. En últimas, es una educación de calidad que integra conocimientos académicos con capacidades ciudadanas para un buen vivir en las comunidades educativas.



Bastones de mando / Organización de Indígenas del Cauca